

DEL VAL VALDIVIESO, M<sup>a</sup> ISABEL Y VILLANUEVA  
ZUBIZARRETA, OLATZ (COORDS.), *PEDRO ANSÚREZ.  
EL CONDE, SU ÉPOCA Y SU MEMORIA*, VALLADOLID,  
UNIVERSIDAD DE VALLADOLID, INSTITUTO  
UNIVERSITARIO DE HISTORIA DE SIMANCAS Y  
AYUNTAMIENTO DE VALLADOLID, 2019, 343 PÁGS.  
ISBN: 978-84-16678-53-2.

DAVID PORRINAS GONZÁLEZ  
Universidad de Extremadura

La presente obra constituye un intento muy serio de acercarse, desde múltiples ópticas, a un personaje esencial para entender las complejidades de la segunda mitad del siglo XI y las dos primeras décadas del siglo XII. Fruto de las aportaciones de un congreso conmemorativo celebrado en 2018, el volumen se divide en tres bloques bien diferenciados, que nos permiten conocer al conde, su época y su memoria.

El libro se inicia con un interesante capítulo de Adeline Rucquoi, en el que se interroga la autora sobre por qué un contemporáneo de Pedro Ansúrez, Rodrigo Díaz de Vivar, alcanzó la fama imperecedera y el conde vallisoletano es tan poco conocido fuera de los ámbitos académicos y de la propia Valladolid. Comienza resumiendo las trayectorias vitales de “Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid” y la de “Pedro Ansúrez, el excelente conde”. Lo primero que llama la atención de la autora es la gran presencia que tiene en las crónicas el primero, frente a sus escasas apariciones en la documentación regia del momento. Lo contrario sucede con el segundo, muy presente en la documentación cancillerescas y poco mencionado en composiciones historiográficas de su tiempo. Ansúrez es mencionado en esos documentos con los cargos de “mayordomo del rey” y “mayordomo de palacio”, encabezando en la mayoría de ellos ostentando el título de “comes” (conde), una dignidad concedida por el rey al alcance de muy pocos, y de la que nunca disfrutó Rodrigo Díaz. Sin embargo, y según Rucquoi, este último supo ganar tal vez la batalla más importante de toda su vida, la de la propaganda, iniciando en su propia vida un programa propagandístico sobre su figura que sería asumido y amplificado a partir de su muerte. Gracias a ello, y a sus propios méritos militares, el Cid se impondría en el recuerdo y la memoria al conde fiel, hombre de Estado, abnegado servidor que fue en vida Pedro Ansúrez. Ambos se movieron entre las aguas difusas de

la cristiandad y el islam, en un mundo fronterizo que dio oportunidad a ambos perfiles, el del político entregado y el del experto comandante y caballero.

Irene Ruiz Albi nos adentra, en el siguiente capítulo, en los documentos expedidos por Pedro Ansúrez. Los documentos emitidos por los magnates de este tiempo son una rareza, no porque no existieran, sino porque no han llegado hasta nosotros, y si se han conservado ha sido gracias a archivos eclesiásticos y monásticos. Aun así, hay algunos documentos producidos por Ansúrez, un total de 37 repartidos en un periodo de 37 años, representando su procedencia en un ilustrativo mapa de dispersión, que revela que la mayor parte de esa documentación está relacionada con aquellos lugares e instituciones con las que el conde mantuvo una vinculación más estrecha: Sahagún, Valladolid y los monasterios de San Román de Entrepeñas y San Zoilo de Carrión. También hay algún documento emitido en tierras aragonesas y catalanas, justificadas por la obligación del conde de acudir a aquellas tierras para defender los intereses de su nieto, Armengol VI de Urgel, un niño de seis años a quien la muerte de su padre, yerno de Ansúrez, colocó en una situación difícil. La segunda parte del capítulo indaga sobre la naturaleza de los escribas y notarios que suscriben los diplomas de Ansúrez, la mayoría de los identificados pertenecientes a las instituciones eclesiásticas beneficiarias de las donaciones del conde.

Pascual Martínez Sopena analiza en su capítulo distintas imágenes que han representado al conde a lo largo de la historia, algunas de ellas, más recientes, en clave de humor, y otras, más antiguas, de naturaleza diplomática, cronística, lexicográfica, arqueológica, antroponímica y toponímica. Comienza el autor ese interesante repaso de las distintas percepciones del conde Ansúrez analizando las imágenes que proyecta Abd Allah, último taifa de Granada, en sus célebres *Memorias* (c. 1090). Nos presenta el soberano cronista musulmán a un Ansúrez que acude a él en el año 1073 y le exige tributos para su rey. Ante la negativa del granadino Ansúrez levanta una hueste de cristianos y musulmanes, fortifica el castillo de Velillos, a una jornada de Granada, desde el que saquea y devasta la vega granadina, consiguiendo con ello arrancar las parias al zirí. También indaga en los orígenes sociales y familiares de Ansúrez, siguiendo la secuencia de unos ancestros pertenecientes a la más alta nobleza del reino, así como en los escenarios más importantes en la vida del conde, quien aglutinó “un señorío disperso y dispar”. Finaliza el capítulo con un repaso a algunas de principales claves del momento en el que vivió en conde, un periodo a caballo entre los siglos XI y XII, un mundo “en transición”, donde se pasa de un contexto de oportunidades proporcionado por las taifas a otro de devastación introducido por los almorávides. Fue ese un escenario en el que se multiplicaron los matrimonios foráneos y con ellos la movilidad geográfica de algunos magnates, como el propio Ansúrez, que en los últimos diez años de su vida se inserta en la órbita aragonesa y catalana.

Si hay una ciudad que ha conservado la memoria de Pedro Ansúrez esa es precisamente Valladolid. A su estudio consagran José Luis Sáinz Guerra y Alicia Sáinz Esteban un capítulo necesario para entender al conde en otra de sus dimensiones. Abordan estos autores un estudio en el que dialogan las fuentes históricas y la propia ciudad de Va-

Valladolid, constituyendo, por tanto, la propia urbe un documento provechoso para el conocimiento de la historia y la dinámica urbana vallisoletana. Este capítulo propone, así pues, un sugerente diálogo entre el pasado, el presente y el futuro, y es por ello que el análisis del espacio urbano se constituye aquí como una vía de estudio fundamental para conocer el Valladolid medieval, una realidad poco documentada en fuentes históricas de sus inicios. Terreno, orografía, hidrografía, edafología, caminos, vados y puentes, parcelario, callejero y trazado urbano son herramientas esenciales en este cometido. Especial relevancia cobra el estudio de la evolución de las murallas de la ciudad, y la ubicación de las puertas, pues gracias a ellas puede comprenderse el progreso y desarrollo de la urbe. Iglesias y colegiatas también proporcionan información sobre la conformación urbana del Valladolid medieval. Todo ello demuestra que la ciudad es un documento histórico en sí mismo, proporcionándonos su observación un óptimo conocimiento de su pasado medieval.

Las iglesias son un elemento esencial en la conformación de la fisonomía de una ciudad medieval. Al estudio de Santa María la Real de Valladolid, fundada por Pedro Ansúrez y su esposa Eilo, consagra Carlos Reglero de la Fuente su capítulo. Considera Reglero que Santa María no sería un establecimiento cluniacense en sus orígenes, ni habría sido erigida como lugar de sepultura por el conde y su mujer. Ansúrez se reservó el señorío del establecimiento eclesiástico, y en el año 1110 haría donación del mismo a un abad llamado Saltus. Será a partir de aquellos momentos cuando se organizaría allí una congregación de canónigos, cuya labor sería la de “curar las ánimas” de los fieles vallisoletanos, la caridad y la liturgia. Durante el siglo XII surgirán conflictos entre los canónigos de Santa María y otra institución eclesiástica como la catedral de Palencia. Aún así, Santa María recibirá el apoyo de distintos monarcas a lo largo del siglo XII, e irá aumentando en miembros y rentas.

Y es que si hay una institución que representa el ejercicio del poder en la Edad Media esa es la realeza. Sobre reyes, reinos, poder y gobierno en el tiempo vivido por Ansúrez (1037-1118) nos habla Gregoria Cavero. Sostiene la autora que para entender las dinámicas del poder en esta época es preciso comprender las relaciones de los reyes con los nobles y sus territorios. Comienza este repaso la profesora Cavero refiriendo el importante reinado de Fernando I, quien gracias a su casamiento y una batalla pasa de ser conde de Castilla a rey de León, y a convertirse en el monarca cristiano más poderoso de la península Ibérica del momento. Ello le permitirá centrarse en la lucha contra los musulmanes, consiguiendo importantes conquistas y el sometimiento a parias de distintas taifas. Pero será con su hijo, Alfonso VI, cuando el “imperium” leonés alcanzará su máxima expansión, especialmente entre 1072 y 1086, incrementando la presión fiscal a las taifas mediante las parias y la guerra. En política exterior Alfonso estrecha lazos con los papas de Roma, la Casa de Borgoña, la abadía borgoñona de Cluny, muy influyente en las relaciones internacionales del momento. En su política interior cabe destacar la consolidación de las fronteras con al-Andalus a través del estímulo de concejos de frontera, así como la activación económica del llamado Camino Francés. Las transformaciones sociales, económicas, culturales, eclesiásticas serán

aspectos claves para entender el dilatado reinado de Alfonso VI. La subida al trono de Urraca I provocará disturbios y guerra en León y Castilla, y una mayor independencia del condado portugalense. Es en ese ambiente en el que se moverá Pedro Ansúrez, uno de los más fieles servidores de Alfonso.

Francisco García Fitz abre un segundo bloque del libro, dedicado al tiempo de Pedro Ansúrez. Aborda el necesario tema de la “guerra y guerreros en la época del conde Ansúrez”, aclarando que el periodo que analiza no coincide estrictamente con la vida del conde, sino que constituye un arco cronológico más amplio. Para ello realiza un breve repaso de los principales acontecimientos militares sucedidos entre los años 1065 y 1118, lapso en el que centra su análisis. Establece varias subdivisiones, marcadas por los hechos militares más destacados de cada subperiodo. Tras ese apretado repaso llega a la conclusión de que fue ese un tiempo en el que la guerra fue una realidad omnipresente, siendo muy pocos los años de la vida del conde en los que no hubo algún conflicto bélico. En el siguiente bloque se exponen las formas de hacer la guerra, mostrando un panorama en el que escasearon los asedios a grandes ciudades amuralladas, donde abundaron las razias encaminadas al debilitamiento y la extorsión del adversario, y donde se dio un significativo, sin llegar a ser abundante, número de batallas campales, tanto entre distintos poderes cristianos como entre ejércitos cristianos y almorávides. La cuarta sección del capítulo se fija en los guerreros de la época, especialmente representados por mesnadas aristocráticas y milicias concejiles, constituyendo el bélico un fenómeno en el que se veía implicada, en mayor o menor medida, toda la sociedad cristiana de aquel tiempo, siendo esta, precisamente, una “sociedad organizada para la guerra”. Ello daba la oportunidad de que un nutrido número de vasallos y súbditos del reino actuaran como combatientes.

También sobre conflictividad trata el siguiente capítulo, cuyo autor, José Ángel Lecanda Esteban, se adentra en el tema de los conflictos aristocráticos en los tiempos justamente anteriores a Pedro Ansúrez. Se centra para ello en tres linajes nobiliarios del siglo XI, los Banu Gómez, los Ansúrez y los Fernández, adoptando para ello una perspectiva social. Alguno de los escenarios de esa conflictividad fueron el valle del Pisuerga, el alto Carrión y Monzón, donde las fricciones entre los reyes y condes poderosos serían habituales, en un momento en el que se está gestando el sistema feudal, caracterizado por una violencia horizontal protagonizada por distintos poderes en liza, cuando las antiguas estructuras del poder público eran solo un pálido recuerdo. Es por ello que el autor concluye que, al menos hasta mediados del siglo XI, “los condes fueron de hierro y los reyes fueron de paja”.

Asunto esencial para entender las relaciones entre cristianos y musulmanes en los tiempos de Pedro Ansúrez es el sistema de cobro-pago de parias, establecido desde mediados del siglo XI, y que tiene su origen en Cataluña. A ese tema dedica Adrián E. Negro Cortés el siguiente capítulo de este libro, centrandolo en el impacto que tendrían las parias en los reinados de Fernando I y Alfonso VI. El precedente de las parias lo constituyen soldadas que algunos poderes andalusíes pagaron a tropas cristianas a cambio de servicio militar en una época inestable. Toledo, Badajoz, Zaragoza y Sevilla, en

ese orden, serán las primeras taifas en abonar parias al rey Fernando I, creador de ese modelo de exacción a los andalusíes. Ese sistema estuvo siempre basado en la extorsión y la guerra, aquella con la que Fernando I sometía-amenazaba a las taifas a cambio del pago de una cantidad de dinero fijada. Dinero a cambio de no arrasar tierras islámicas y causar inestabilidad dentro de las taifas. Ese sería el principio regulador de aquel mecanismo de exacción y dominio que Alfonso VI, una vez unificados los tronos de León y Castilla, no hace sino llevar a su máximo apogeo. El modelo terminaría con la conquista y unificación almorávide de al-Andalus, cuando los poderes cristianos ya no estarán en condiciones de exigir tributo alguno a los musulmanes. Las parias redundarían en un fortalecimiento del poder regio castellanoleonés, a través de donaciones a monasterios y redistribución entre clientelas aristocráticas, reforzando las relaciones con los principales poderes sociales gracias al reparto de los tributos andalusíes.

El siguiente capítulo profundiza en la percepción que del mundo cristiano conocido y habitado, “ecúmene”, se tenía en la época del conde Pedro Ansúrez. Soledad Morandeira de Paz nos introduce en este interesante aspecto a través del análisis de mapas del momento que intentan representar ese mundo en construcción y cambio. Y es que, como señala la autora, en la Edad Media no se tenía una conciencia cartográfica, las técnicas romanas se fueron perdiendo en la Alta Edad Media y no se recuperarían hasta los siglos XV y XVI. Es por ello que los mapas fueron “verdaderas rarezas” en la Edad Media, no formando por ello parte del universo cotidiano de los hombres. Las concepciones de autores como Macrobio, Orosio y San Isidoro, muy apegadas a visiones bíblicas y patrísticas, tendrán una influencia importante en los siglos posteriores. Los rudimentarios mapas medievales tendrían usos pedagógicos en los monasterios, y servirían también para el estímulo de la peregrinación interior imaginaria, pues en ellos se representaban los principales lugares religiosos de la cristiandad. Uno de estos mapas es el que se contiene en el *Beato de Burgo de Osmá*, del año 1086 y por tanto contemporáneo a Pedro Ansúrez. En ese mapa ya figura Toledo como ciudad perteneciente a la cristiandad, pues había sido conquistada un año antes por Alfonso VI.

Junto a Toledo, uno de los focos urbanos importantes en este momento fue Santiago de Compostela. Al análisis de su desarrollo a lo largo del siglo XI, gracias a privilegios regios y el estímulo de la peregrinación jacobea, un proceso que tiene sus orígenes a principios del siglo IX, dedica Amparo Rubio Martínez su capítulo. Será a principios del siglo XI cuando Santiago experimente “un salto cualitativo y cuantitativo” en cuanto a la recepción de concesiones y privilegios regios. 1095 será un año importante para Compostela, pues en esa fecha Raimundo de Borgoña otorga nuevos privilegios y el papa Urbano II reconoce mediante bula la existencia del sepulcro del apóstol Santiago en la ciudad y, por tanto, la naturaleza apostólica de la urbe. A partir de ese momento las relaciones entre Roma y Compostela se estrecharán, y ya en los primeros años del siglo XII aumentarán, aún más, las concesiones regias a la ciudad. La autora traza a partir de ahí una sucesión de etapas del desarrollo urbano de Compostela, situando la primera entre 880 y 920, la segunda entre ese año y comienzos del siglo XI, constituyendo este siglo y las primeras décadas del siguiente la última de las etapas evolutivas,

y momento en el que el perímetro amurallado experimenta su mayor crecimiento. Las obras en la catedral tienen un mayor desarrollo en esta fase, así como la organización urbana interior, quedando fijada una fisionomía urbana que permanecerá con pocos cambios hasta el siglo XV.

Algo que tiene mucha relevancia en las sociedades históricas es la escritura. Precisamente al estudio de las escrituras “autóctonas” plasmadas en la documentación privada del sur de Castilla, entre 1030 y 1157, dedica Iván García Izquierdo su estudio. Monasterios y catedrales serán los espacios de almacenamiento de esa documentación particular. En el análisis se tienen en cuenta las entidades emisoras de documentos: realeza; nobles; obispos y monasterios; clérigos; concejos y particulares, así como las tipologías documentales: donaciones, compraventas, confirmaciones, concordias, fundaciones, permutas, fueros, apeos, privilegios, cartas de arras y traditios. En dos tablas aclaratorias el autor muestra diferencias entre el ámbito palentino y el burgalés, centrando su atención también en los bienes que vienen recogidos en los diplomas. Concluye García Izquierdo que en la zona palentina se aprecia una mayor influencia del obispado que en el área burgalesa, donde grandes abadías como Silos y Arlanza estaban bien asentadas y limitarían la expansión de la mitra de Burgos. Así, el estudio de la documentación permite conocer dinámicas del poder en zonas determinadas.

Luísa Tollendal Prudente se adentra en su capítulo en el análisis del poder que ostentarían las mujeres en tres parentelas aristocráticas de los siglos XI y XII: los Alfonso, los Flaínez y los Banu Gómez. ¿Cómo ejercían el poder las mujeres aristócratas de esos siglos? Eran fundamentales en la gestión de monasterios particulares y las comunidades a ellos asociadas, como gestoras, “dominas”, de esos establecimientos clericales. Esas mujeres también se nos muestran como piezas importantes en la resolución de conflictos mediante matrimonios y alianzas. Al fin y al cabo, las mujeres aristócratas actuaban como garantes y transmisoras del poder cuando la figura masculina desaparecía, algo habitual en un momento en el que las guerras extinguían la vida de unos hombres nobles dedicados a la actividad bélica. Es por ello que la identidad femenina, y de alguna manera también su poder, estaba supeditada a la de un hombre, y cuando ejercían ese poder, siempre interino, se las masculinizaba, debiendo asumir roles reservados a los varones.

Con esas conclusiones tan contundentes... ¿es posible vislumbrar el papel de las mujeres en aquellas sociedades tan marcadamente masculinas? A esa pregunta pretenden dar respuesta Adriana García Martínez e Isabel Escalera Fernández en su capítulo, preguntándose estas autoras si el papel de la mujer fue tan secundario en ese tiempo plenomedieval, e intentando dar respuesta, aun con la penuria documental existente, a esa importante cuestión. Centran su análisis en el Valladolid del siglo XI, en un momento en el que la mujer no vinculada a un hombre, bien un padre o un marido, carecía de honra, quedando por tanto la mujer siempre subordinada a una figura masculina protectora. Las mujeres de este tiempo no solo trabajaban dentro del ámbito doméstico, sino también fuera del mismo, desarrollando labores en el contexto urbano y el rural. Sin embargo, la tarea principal de las mujeres era la de casarse para poder procrear y continuar así la estirpe familiar, considerándose que los hombres eran los principales

responsables del sustento y el liderazgo en la familia. Aun así, destacan las autoras, hay dos ámbitos en los que la mujer desarrollaba especialmente el trabajo: el espacio agrario y las lavanderías.

La comida, la alimentación, la mesa son aspectos esenciales en cualquier época histórica, y es a su estudio, en tiempos de Ansúrez, a lo que Julio Valles dedica las páginas de su capítulo, empleando para ello fueros, recetarios árabes y documentación aragonesa como fuentes fundamentales. Los elementos básicos en la alimentación de la época eran el pan, el vino y la carne. El pan podía ser de trigo, de centeno o de cebada (ordio). El vino era considerado un alimento más y, por tanto, un producto de primera necesidad. Cerdos, gallinas, conejos, capones... serían especies proveedoras de carne, siendo la de carnero una de las carnes más apreciadas. Leche, queso y huevos eran productos de origen animal que complementaban la dieta. Un segundo grupo de alimentos sería el conformado por los productos, verduras y hortalizas, procedentes de huertas privadas. Las legumbres y la carne de caza eran alimentos adicionales. El pescado era alimento secundario. Frutas, aceites, grasas animales y pocas especias complementarían la dieta en esos siglos XI y XII.

El último bloque del libro, que lleva por título “la memoria de Pedro Ansúrez”, se inicia con un capítulo dedicado a la campana de horas de la antigua Casa Consistorial de Valladolid, elaborada en el año 1877 y dedicada a la memoria del conde Ansúrez y su esposa Eilo. También se habla aquí del reloj de la torre de la colegiata de Santa María la Mayor, vinculado igualmente a la memoria del matrimonio condal, como otras torres, relojes y campanas. La campana es dedicada a los condes por ser su momento de fabricación, 1877, tiempo en que naciones, ciudades y pueblos buscaban sus señas de identidad en el pasado, especialmente en el pasado medieval, y el conde Ansúrez era un símbolo de los primeros tiempos de Valladolid.

La literatura del llamado Siglo de Oro volvió bastante su mirada hacia la Edad Media, buscando en sus personajes y acontecimientos una fuente de inspiración. Germán Vega García-Luengos dedica a ese interesante tema su capítulo. Aunque Ansúrez no goza en la literatura aurea del tratamiento y la atención que recibe su coetáneo Rodrigo el Campeador, es plasmado, de manera desigual, en géneros como el romancero y el teatro. “Peranzules” y “Peranzures” son las maneras con las que el conde es llamado en esa literatura, donde es representado, en romances, como hombre de confianza de Alfonso VI, arrojado e ingenioso, clave en la recuperación del poder para su rey. En cuanto al teatro solo quedan noticias de obras teatrales perdidas donde el conde era protagonista. Esa pérdida mermó, en buena medida, el recuerdo posterior de Ansúrez. Pero esa no sería la única causa, y quizás no la principal. El olvido relativo sufrido por Pedro Ansúrez se debería, en buena medida, al triunfo del Cid Campeador como mito guerrero, nacional y cristiano, operativo en distintas épocas, desde la misma Edad Media hasta la actualidad.

Esa poca atención a Ansúrez en la literatura medieval y aurea será en parte responsable de la escasa presencia del conde en la memoria reciente de Valladolid. A indagar

sobre esa realidad se encarga Enrique Berzal de la Rosa en su capítulo. En las historias nacionales de los siglos XVIII y XIX, eruditas y patrióticas, Ansúrez es presentado como ejemplo de lealtad al rey, a la monarquía, y a la religión cristiana, magnate responsable de introducir a Valladolid en la Historia. La historiografía del siglo XX seguirá profundizando en esos fenómenos de nacionalización en torno a la monarquía y la Iglesia, deviniendo ese proceso en el surgimiento del nacionalcatolicismo. Ese es el momento también del auge de las historias locales, que vienen a complementar esas visiones patrióticas más amplias, de celebración de certámenes y conmemoraciones, de erección de estatuas a los héroes fundadores. Sin embargo, reconoce el autor, la ciudad de Valladolid perdió a lo largo del siglo XX varias oportunidades de dignificar la memoria de su gran benefactor.

Podemos concluir que la obra reseñada nos ofrece un acercamiento coral y multidisciplinar a la figura y significación histórica de un actor importante en la península ibérica de las últimas décadas del siglo XI, el conde Pedro Ansúrez. Se trata de una lectura muy recomendable, aunque echamos en falta algún mapa que nos ayude a comprender mejor las complejidades de un mundo cambiante y complejo, formativo y en transformación. No obstante, nos encontramos ante una obra interesante, y que viene a complementar las fundamentales investigaciones y publicaciones de Andrés Barón Faraldo, que puede ser considerado el mayor experto en el tema. Sin duda el libro que hemos comentado es una buena noticia, especialmente para los interesados en ese periodo axial de la Historia de España, y el mundo, que constituye el tránsito del siglo XI al XII.